



NAVEGACIONES

Artículos de investigación

Memoria y testimonio: abordaje del corrido desde la literatura y la historia

Memory and Testimony: An Approach to the Corrido from Literature and History

Alberto Lira Hernández

Universidad Autónoma del Estado de México, México

ORCID: 0000-0002-2576-3149

Correo electrónico: alirah@uaemex.mx

Fecha de recepción: 02-11-2022

Fecha de aceptación: 30-10-2023

Resumen

En este artículo se expone una serie de problemáticas relacionadas con el análisis del corrido, concebido como un tipo de balada. La discusión se plantea desde la consideración del corrido como un fenómeno complejo que, por su circunstancia de surgimiento y condiciones de su desarrollo, se presenta como una fuente testimonial vertida en verso. Por tanto, se procura establecer directrices para el estudio del corrido desde la historia, sin perder de vista su carácter poético tradicional y popular. Esto se realiza a partir del análisis de los binomios tradición-modernidad, oralidad-escritura y memoria colectiva-memoria histórica, integrando planteamientos históricos y literarios, para culminar con la reflexión acerca de la función de la memoria y el testimonio en el análisis metodológico del corrido.

Palabras clave: Corrido, literatura, historia, metodología.

Abstract

This article presents a series of problems related to the analysis of the corrido, conceived as a type of ballad. Its discussion stems from the consideration of the corrido as a complex phenomenon that, due to its circumstance of emergence and the conditions of its development, functions as a testimonial source expressed in verse. The article's objective is to establish guidelines for the study of the corrido as history, without losing sight of its traditional and popular poetic character. This is done through the analysis of binomials tradition-modernity, orality-writing, and collective memory-historical memory, integrating historical and literary approaches and culminating with a reflection on the function of memory and testimony in the methodological analysis of the corrido.

Keywords: Corrido, literature, history, methodology.

Introducción

En el presente texto se analiza el corrido desde una perspectiva literaria e histórica. Con respecto de la primera, se revisan algunas de sus características estilísticas; desde la segunda, se considera su carácter testimonial y documental. El análisis se enfoca en binomios conceptuales –*tradicional-moderno, oral-impreso, memoria colectiva-registro histórico*–, así como en el pensamiento mítico y el análisis científico. Estos ejes ofrecen diversas vertientes para la reflexión y posibilidades para su abordaje como un género híbrido.

Se recuperan elementos teóricos vinculados con la identificación de los corridos tradicionales y populares, de acuerdo con el planteamiento de Ramón Menéndez Pidal (1922) quien lo aplica a la literatura española, pero que puede extenderse al corrido, por las similitudes que tiene con el romance. Asimismo, se define al corrido, como género, desde los criterios que sugieren Aurelio González (1995, 2001, 2015) y Magdalena Altamirano (1990, 2007), para determinar su carácter literario. Derivado de esto, se revisan las fórmulas y métricas recurrentes en el corrido, la alusión a los tópicos y la relevancia que tienen en la configuración de los discursos.

En virtud de lo anterior, se plantea la relevancia de la oralidad y la escritura en la forma de producción, ejecución, transmisión y permanencia de los corridos, en cuanto influyen en su estilo y en la forma en la que se preservan en el tiempo. La relevancia de la impresión en la divulgación de los corridos permite su recuperación como documento, por lo que se discute la posibilidad de considerarlos como fuente de la historia, por su relación con la memoria y por su valor testimonial, sustentado en la posibilidad de verificar y validar su contenido con otras fuentes.

Se revisan dos tipos de memoria: la colectiva y la histórica, para enfatizar la complejidad del corrido como expresión cultural tradicional y popular y como un documento que alude a situaciones concretas o hechos. Por lo tanto, el objetivo del artículo consiste en sugerir vertientes analíticas del corrido desde el punto de vista literario y, principalmente, histórico, resaltando su carácter testimonial y su vínculo con la memoria.

Discusión

En principio, se parte de la concepción del corrido como un tipo de balada, la cual es, quizá, “la forma más difundida de la poesía narrativa de tradición oral en el mundo, entendiéndola como un género épico-lírico que acepta multitud de variantes y grados de combinación” (González, 2015, p. 13). En este sentido, puede concebirse como “un género baladístico moderno que transita desde su origen entre la poesía narrativa y la lírica, entre la literatura tradicional y la popular, entre la canción oral o escrita y la transmisión de diversas vías: oral, escrita, oral-escritura y oral mediatizada” (Altamirano, 1990, p. 49).

Se considera que es un género moderno porque su origen se sitúa en el último cuarto del siglo XIX, aunque derivó del desarrollo de una tradición dominante, como es el romance, por lo que su estilo y estética no surgieron de manera espontánea. Es un género lírico, narrativo y épico que presenta diferentes formas de transmisión, lo cual no solo determina la forma en que se difunde, sino también su estilo, en cuanto puede concebirse como tradicional o popular.

La fundamentación de las formas tradicional y popular se puede encontrar en los planteamientos de Menéndez Pidal, quien los aplica a la literatura española, pero que pueden trasladarse al corrido por la cercanía de este con el romance. Por un lado, la literatura popular se refiere a una “obra que tiene méritos especiales para agradar a todos en general, para ser repetida mucho y perdurar en el gusto público bastante tiempo” (Menéndez Pidal, 1922, p. 22); es decir, tiene una versión fija y se reproduce de acuerdo a dicha versión, de tal forma que el “pueblo escucha o repite esas poesías sin alterarlas ni rehacerlas; tiene conciencia de que son obra ajena, y como ajena hay que respetarla al repetirla” (Menéndez Pidal, 1922, p. 23). Asimismo, se generan con recursos estilísticos que son adaptados de la literatura culta y se caracterizan por su función o temática.

Por otro lado, la literatura tradicional “se rehace en cada repetición, que se refunde en cada una de sus variantes, las cuales viven y se propagan en ondas de carácter colectivo, a través de un grupo humano” (Menéndez Pidal, 1922, p. 23); la reelaboración se identifica a partir de la generación de variantes o versiones, las cuales derivan de su forma de transmisión y de tener “unos principios estéticos o estilísticos particulares que, aunque

puedan coincidir con los que aparecen en la literatura considerada como culta, su manejo y matices son muy distintos” (González, 2015, p. 38). Para mencionar algunos ejemplos se puede aludir a corridos acerca de caballos, como *El caballo mojino* y *El caballo lobo gatiado*, o algunos de valientes como los de Simón Blanco o Valente Quintero (González, 1995). En contraste, hay corridos que no han llegado a formar parte de la tradición de una comunidad, como sucede con ciertos textos revolucionarios que surgieron con la pretensión de apoyar a una facción y tenían una función propagandística.

La definición planteada implica la revisión de ciertos aspectos de carácter poético, dado que este género abarca formas estilísticas, estéticas y compositivas que se integran bajo múltiples criterios que van desde lo temático y lo regional hasta su uso y distribución, por lo que encontrar criterios precisos para circunscribirlo como género resulta crucial; al respecto, se consideran sus “características formales, estilísticas y temáticas más importantes” (Altamirano, 1990, p. 69). En cuanto a las características formales, la estructura básica del corrido “se compone de una serie de cuartetos octosilábicos, con rima propia en los versos pares” (Altamirano, 2007, p. 262), cuya rima puede ser asonante o consonante. Un ejemplo de esta se encuentra en el siguiente fragmento del corrido *Del fusilamiento del general Felipe Ángeles*:

En mil novecientos veinte,
señores, tengan presente,
fusilaron en Chihuahua
un general muy valiente. (Mendoza, 2004, p. 169)

Sin embargo, la métrica no es necesariamente homogénea, pues el uso de métricas distintas al octosílabo o con variaciones se presenta en corridos tradicionales, pero principalmente en los populares, en los que se utilizan el decasílabo, el heptasílabo o el doble hexasílabo. Por otro lado, acerca del estilo, se identifican algunos recursos expresivos, como las fórmulas. Estos recursos expresivos pueden clasificarse en introductorios, finales y otros: los primeros se subdividen de la siguiente manera: “1) llamada de atención al público, 2) ubicación espaciotemporal de los hechos, 3) resumen inicial de la fábula” (Altamirano, 1990, p. 77). Un ejemplo de la

llamada de atención al público se presenta en el *Corrido de Che Gómez*:

Escuchen señores y pongan cuidado
lo que les voy a contar
lo que sucedió en el estado de Oaxaca
distrito de Juchitán. (Avitia, 1997b, p. 54)
El texto, además, incluye la referencia temporal del acontecimiento.

Por ello es necesario indicar que las fórmulas no se encuentran todas en cada corrido y tampoco se presentan siempre de la misma manera o en el mismo orden; pero su recurrencia caracteriza al texto en tanto recurso expresivo y narrativo. Los recursos finales se subdividen en “4) apóstrofe a mensajeros, 5) moraleja, 6) despedida del personaje, 7) despedida del narrador” (Altamirano, 1990, p. 77). Un ejemplo de la moraleja se encuentra en el *Corrido de la toma de Ciudad Juárez*, que dice:

Los hombres poderosos, no olviden la lección,
ni crean que en este mundo nunca acaba el poder,
que recuerden siempre a don Porfirio Díaz
que un soplo del Eterno lo hizo a tierra caer. (Avitia, 1997b, p. 25)

Por último, otros de los recursos expresivos que se pueden encontrar son la invocación y el estribillo que, si bien se presentan en algunos textos, no son tan recurrentes como los introductorios y los finales. Asimismo, el corrido es un género que se caracteriza por ser narrativo, pues una de sus funciones es contar una historia, “la cual se realiza mediante la articulación de la intriga que desarrolla una secuencia narrativa” (Altamirano, 1990, pp. 96-97). Un ejemplo de la narratividad en los corridos se presenta en el *Corrido de la toma de Topia*:

En la calle de Cuauhtémoc,
los maderistas pasearon
y hasta las casas del centro
los de Madero llegaron.

Toda la noche se oyeron

los gritos y los bombazos,
los vivas al gran Madero
los cantos y los balazos. (Avitia, 1997b, p. 13)

Dado su carácter narrativo, la descripción en el corrido resulta ser secundaria, ya que la forma de la tradición oral “privilegia la sucesión de las acciones y las expresa con una economía discursiva acorde a las condiciones de la tradición oral que implica la conservación en la memoria del transmisor” (González, 2001, p. 498). Sus elementos formales muestran que el corrido es una forma de poesía oral cuyas características lo asocian a la cultura tradicional, la cual alude a formas colectivas de recuperación del pasado identificadas por relacionar los acontecimientos con elementos significativos, particularmente los simbólicos. En la concepción de lo simbólico, se plantea que “el arquetipo temporal, el modelo del presente y del futuro, es el pasado. No el pasado reciente, sino un pasado inmemorial que está más allá de todos los pasados, en el origen del origen” (Paz, 1990, p. 27).¹ No obstante, en la poesía, específicamente en el corrido, se plasman hechos que incluso pueden corroborarse con otras fuentes, por lo que parece que la recuperación analógica no se genera únicamente de la repetición de la fórmula, sino de la reconfiguración del mundo que está influida por aspectos ideológicos, políticos, sociales, entre otros.

El corrido también presenta matices regionales, desde la propia denominación que tiene, pues a los diversos tipos de corrido se les nombra como “romance, historia, narración, relato, ejemplo, tragedia, mañanitas, recuerdos, versos y coplas” (Mendoza, 1964, p. 9), por no mencionar las *bolas*, características de la región centro-sur de México. Todos estos tipos tienen características vinculadas con particularidades culturales de sus regiones de origen, las cuales obedecen a distintas formas de narrar y explicar la relación con el contexto y circunstancias históricas. Así que “el nombre no es lo único que parece variar en las composiciones, también cambia la forma estrófica que las constituyen, los ritmos musicales que las

¹ Es importante aclarar que se alude a Octavio Paz tomando en consideración que sus disertaciones refieren a una etapa y formas estilísticas de la poesía y de la retórica vinculada con el idealismo estético de raíz romántica de mitad del siglo XX. No obstante, su prestigio creativo permite utilizar algunas de sus ideas para justificar algunos de los planteamientos que se hacen en este documento, a sabiendas que sus líneas analíticas están alejadas del estudio del corrido.

acompañan e, incluso, las diversas temáticas que tratan” (Lobato, 2013, p. 195).

De tal forma, esta clasificación conlleva a la identificación de elementos históricos en el corrido asociados a las tradiciones y los referentes culturales, lingüísticos, étnicos y musicales, entre otros, que lo ligan con campos disciplinares más allá de la literatura. A estas problemáticas se incorporan las vinculadas con la posibilidad de analizarlo desde una perspectiva histórica, dado que es una construcción poética vinculada con una circunstancia espaciotemporal, con un contexto sociocultural y político que delinea su contenido.

Por ello la pretensión de recuperar al corrido como un documento histórico alude a la primera problemática metodológica: es poesía y esta es antihistórica, pues *flexibiliza* el tiempo en lugar de establecer procesos que permitan explicarlo y comprenderlo de una forma lineal, histórica o realista. Por su parte, el *documento* se asocia con el “término latino *documentum*, derivado de *docere* ‘enseñar’, [que] ha evolucionado hacia el significado de prueba [...] El documento que, para la escuela histórica positivista de fines del siglo XIX y de principios del XX, será el fundamento del hecho histórico” (Le Goff, 1991, p. 228). Un documento ofrece elementos asociados a la objetividad, es decir, a una mirada externa y neutral de pasado, que permita entenderlo, no a partir de continuidades y repeticiones, sino de rupturas y de fisuras que permiten la concepción del cambio y del progreso.

La modernidad ha dado paso a otra forma distinta de concebir el pasado: la historia. La concepción del pasado y de su abordaje, derivado de *Los nueve libros de la historia*, de Heródoto, “convirtió la memoria del pasado en indagación, en un examen de las cosas verdaderamente acontecidas y al historiador en un analista del suceder histórico” (Florescano, 2012, p. 213); y en tanto que el análisis es división del todo –un todo temporal– en fragmentos diferentes que solo se hacen comunes a partir de la comparación y del cambio.

No obstante, el corrido mexicano recupera acontecimientos que se sustentan en la *veracidad* de la narración de un individuo cercano, temporal o espacialmente, al hecho histórico, sea este una batalla, un asesinato, una traición o el descarrilamiento de un tren; dado que el corrido tenía –tiene aún– un carácter noticioso, que pretende *retratar* ciertos acontecimientos

para divulgarlos. Por ello, tiene un compromiso con decir la *verdad*. Esta idea de la fiabilidad del relato es un elemento asociado a lo histórico en cuanto que la forma *archivística* de la recuperación de un testimonio histórico se sustenta en la prueba apegada al suceso. Sin embargo, la recuperación de un evento a partir de un documento *neutro* es, por lo menos, ingenuo.

De esta forma, la aproximación histórica al corrido se topa con su supuesta poca fiabilidad al ser en principio poesía y después un testimonio, susceptible de dudas. No obstante, su valor testimonial puede reconsiderarse por su posibilidad de corroboración, al contrastarse con otros testimonios u otros documentos, como los archivos, que pueden aludir a registros de sujetos *autorizados* o instituciones *oficiales*; por ello, las referencias históricas pueden encontrarse en un corrido que, aunque es poético, también tiene rasgos de documento histórico. Mucho más cuando partimos de la idea de que “No existe un documento objetivo, inocuo, primario. La ilusión positivista que veía en el documento una prueba de buena fe, a condición de que fuese auténtico” (Le Goff, 1991, p. 236), ya no es suficiente cuando las explicaciones de la realidad y del pasado se han abierto a voces como las de la tradición oral. El corrido condensa la *querrela de los antiguos y los modernos*, pues implica repetición y variación, tiempo cíclico y lineal, continuidad y ruptura, analogía e ironía (Paz, 1990).

En este sentido, el corrido en cuanto poesía oral *moderna* se encuentra en esta frontera entre lo tradicional y lo moderno; pues su origen y desarrollo tardío² posibilitó que se presentara en diferentes soportes, con distintos estilos y aludiendo a diferentes estéticas. De esta manera se genera y transmite primigeniamente de manera oral, pero también por escrito e impreso. El impacto de la producción impresa en el corrido se debe en gran parte a la periodicidad de su surgimiento (siglo XIX), pues el corrido “nace y se consolida en un contexto en donde existe una abundantísima producción de impresos populares y un interés generalizado por consumirlos” (Altamirano, 1990, p. 176). Su producción en hojas volantes multicolores se da incluso antes de la etapa de mayor auge de la producción corridista, es decir, de la Revolución mexicana.

El corrido, en tanto tradición oral, tiene como su principal forma de

² El corrido se presenta como una forma tardía con respecto de otras formas poéticas similares como el romance español, surge en el siglo XIX (Stanford, 1974; Mendoza, 1964).

retención la mnemotecnia; de ahí que se caracterice por la repetición de fórmulas, por un lado, y la variabilidad, al mantenerse *viva* dentro de una comunidad, por otro. En este sentido su pervivencia se debe a su reproducción y reelaboración de generación en generación, pues la oralidad se aprende, por entrenamiento:

por discipulado, que es una especie de aprendizaje; escuchando; por repetición de lo que oyen; mediante el dominio de los proverbios y de la manera de combinarlos y reunirlos; por asimilación de otros elementos formularios; por participación en una especie de memoria corporativa; y no mediante el estudio en sentido estricto. (Ong, 2016, p. 44)

Por ello la memoria juega un papel sustancial en la transmisión y recuperación de la tradición, pues es la forma de preservar el saber. De manera que, para su mantenimiento, se desarrollan diferentes técnicas y se potencializan ciertos recursos, pues el lenguaje *fijado* en la oralidad “debe ser memorizado. No hay otra manera de garantizar su supervivencia. La ritualización se convierte en el medio de la memorización” (Havelock, 1996, p. 104). La ritualización se vincula con el desarrollo de la *performance*, dado que el corridista se presentaba en mercados, ferias y fiestas, y en torno a él se desarrollaba el proceso de transmisión. El auditorio de alguna manera participaba en este proceso, pues: “La memoria oral, por su carácter sensorial y fugitivo, no podía retener el recuerdo sino a fuerza de repetirlo una y otra vez, por medio del lenguaje oral o visual” (Florescano, 2012, p. 221); y en la *performance* no solo aparece el discurso, también se acompaña de gestos y música, entre otros elementos que permiten una relación entre interlocutores.

Otra forma que facilita la memorización es el ritmo semántico o equilibrio de ideas: “se percibe en la construcción de ciertas máximas mediante el equilibrio de oposiciones, así como en el equilibrio o la correspondencia entre episodios narrativos que tienen un parecido de familia, formando los ‘patrones’ temáticos” (Havelock, 1996, p. 106). Es decir, la recurrencia de tópicos o motivos en concreto, que regularmente se asocian con referentes axiológicos de la comunidad, que conllevan procesos de repetición de esquemas narrativos y temáticos. Los tópicos suelen coadyuvar a la caracterización de personajes, como el caso del gallo, el caballo y la

pistola, y suelen presentar diferentes significados: el gallo, por ejemplo, puede aludir a la valentía, pero también a la selectividad, la calidad de la persona, e incluso puede llegar a ridiculizar a un personaje, en sus formas del diminutivo y cuando se acompaña de adjetivos que denuestan al gallo, como *correlón* (González, 2015).

Otro elemento importante es la narración:

La forma narrativa atrae la atención porque el relato es para la mayoría de la gente la forma más placentera de lenguaje, sea hablado o escrito. Su contenido no es ideología sino acción, así como las situaciones que la acción crea. La acción requiere a su vez de agentes que estén haciendo algo o diciendo algo. Parece que un lenguaje de la acción, no de la reflexión, es requisito previo de la memorización oral. (Havelock, 1996, p. 109-110)

La acción es concreta, mientras que los aspectos ideológicos son abstractos. En el corrido los temas ideológicos parecen ser más prolíficos cuando se empiezan a producir desde posturas vinculadas con facciones revolucionarias y se mezcla con intereses políticos; mientras que el corrido tradicional se concentra en personajes y en relatos de sucesos que son repetitivos, en función de virtudes, valores, relaciones sociales, entre otros elementos, enfocados en los personajes gloriosos y en sus acciones.

No obstante, el corrido también se produjo de manera escrita, entendiéndolo en dos sentidos: la primera, porque se reprodujeron de manera impresa, lo cual cambió la forma en la que operaba en la construcción de la memoria; la segunda, se vincula con su desarrollo a partir de parámetros propios de la poesía escrita y que pretendían copiar estructuras de literatura culta, pero recuperando elementos lingüísticos y estéticos vinculados con las tradiciones de comunidades o sectores populares. Lo anterior implicó que los autores de los corridos ya no pertenecieran exclusivamente a los sectores populares, sino que estuvieran alfabetizados y se identificara con otros estratos sociales, como en el caso de la imprenta de Eduardo Guerrero, quien compuso corridos vinculados con la Revolución mexicana, entre otros temas.

La forma impresa y escrita del corrido benefició su recuperación, pues “una vez inscritas, las palabras de un documento quedan fijadas, y

fijado está también el orden en el que aparecen. Toda la espontaneidad, la movilidad, la improvisación y la agilidad de la respuesta del lenguaje hablado se desvanecen” (Havelock, 1996, p. 103); por lo que el corrido se modernizó y se urbanizó. El corrido *tradicional* se asocia a comunidades premodernas, asociadas con el campo y el mundo rural; mientras que los corridos que pueden considerarse como *populares*, con una función precisa, que puede ser noticiosa, ideológica o política, se vinculan con la imprenta, el trabajo empresarial o del taller, y por tanto, se vinculan más con lo urbano. Es decir, es otra frontera en la que se encuentra el corrido mexicano, particularmente en el periodo revolucionario.

La escritura permite tener versiones fijas y con relativa permanencia del pasado, de forma que el texto escrito (impreso) “convirtió el relato histórico en testimonio sujeto a la confrontación crítica y la verificación” (Florescano, 2012, p. 223), como puede suceder con la recuperación de las hojas volantes multicolores. Igualmente, “el tránsito de la oralidad a la escritura hizo del texto un objeto autónomo, independiente de su creador, que podía ser leído, interpretado y comunicado a otros” (Florescano, 2012, p. 221). Cabe enfatizar que, en el corrido, así como con otras expresiones tradicionales, la importancia de la autoría al fijarse en la escritura permite que el texto le sea atribuido a ese autor y no a otro; por ello, se pueda *popularizar*, es decir, se clausura, pues no admite cambios, por lo que la separación a la que refiere Florescano es con relación a la forma en la que se usa o consume, pues el autor no necesita estar en donde el lector accede al texto, como sí sucede en la transmisión oral.

Por tanto, la escritura también cambió la forma colectiva de la *performance* por la lectura en silencio del lector y del historiador, es decir, porque se convirtió en documento histórico. Asimismo, en una cultura oral es usual que el relator se identifique empáticamente con los hechos que narra y sus actores, mientras que en la cultura letrada “la escritura separa al que sabe de lo sabido, se vuelve objetiva” (Florescano, 2012, p. 162).

La posibilidad de documentar al corrido abrió la pauta para clasificarlo como registro documental, pues:

el documento escrito o impreso fue el instrumento que al ser fechado, autenticado, descifrado y comparado con otros vestigios, se impuso como última prueba de lo inverosímilmente acaecido. La disposición de

este rico acervo de documentos escritos e impresos liberó al historiador de su dependencia de la memoria oral e hizo de la historia un saber fundado en testimonios capaces de ser verificados y sometidos a distintas pruebas de autenticidad. (Florescano, 2012, p. 224)

Dicha verificación, en el ámbito de la oralidad, la analogía y lo poético, es innecesaria y contradictoria. Así, “el tránsito de la memoria oral a la escrita no sólo significó la imposición de la última sobre la primera, sino el ascenso del relato individual del cronista o del historiador sobre la memoria colectiva” (Florescano, 2012, p. 225). De esta manera, el anonimato, característico de la tradición oral –por tanto, del corrido–, que se iba adquiriendo conforme la comunidad se apropiaba de los textos, en la conformación del corrido con autor fijado en el texto popular fue dando paso a la inseparabilidad entre los textos y los autores. Es importante precisar que la transición de lo oral a lo impreso obedeció a la finalidad de facilitar su distribución principalmente comercial, antes que documentar históricamente los hechos, pero esto fue una consecuencia que ha permitido su pervivencia en el tiempo, en que contribuyó, además de la escritura y la imprenta, también los registros sonoros.

Lo anterior tiene un trasfondo de mayor complejidad, pues el corrido pasó de ser una producción colectiva a una individual, registrada y fechada, susceptible de incorporarse en un *corpus* documental para su análisis. Durante la Revolución, la ideología y los intereses políticos permearon el desarrollo de la producción corridística y la ampliaron, pero con esta expansión algunos de los elementos asociados con la memoria colectiva se debilitaron. De modo que el corrido tiene una relación doble con la memoria: por su abordaje como poesía o como documento, como oralidad o escritura, de tal forma que contribuye con dos formas diferentes de memoria: una colectiva y otra histórica.

Una característica común entre la tradición oral y la memoria es la referencia al pasado:

la tradición oral es su vinculación directa y constante con el presente; el pasado no está separado del presente y por ello a menudo el pasado lejano, el que ya no concuerda con el presente, o que llega a oponerse a éste, es castigado con el olvido o la supresión. (Florescano, 2012, p. 161)

Se aprecia que la memoria tiene no solo la función de recordar, sino también la de olvidar. Lo mismo se presenta en la poesía oral y en los documentos históricos, pues ambas registran ciertos acontecimientos, pero omiten otros.

La memoria es un componente básico de la colectividad. A partir de ella se configura lo que ha sido y lo que es una comunidad; asimismo, la historia implica una memoria, pero desde lo exterior y de lo global, pues no pueden verla los miembros del grupo social, dado que la memoria de ellos se desarrolla en la experiencia particular:

una memoria interior o interna y otra exterior, o bien una memoria personal y otra memoria social [...] memoria autobiográfica y memoria histórica. La primera se apoyará en la segunda, ya que al fin y al cabo la historia de nuestra vida forma parte de la historia en general. Pero la segunda sería, naturalmente, mucho más amplia que la primera. Por otra parte, sólo nos presentaría el pasado de forma resumida y esquemática. (Halbwachs, 2000, p. 55)

Esto ocurre con el corrido, en cuanto que registra una serie de eventos que se presentan como objetos que documentan un hecho histórico, pero, por otra parte, se vinculan directamente con la generación de imaginarios colectivos que se alejan del hecho objetivo y se vinculan con la memoria colectiva, culturalizada y simbolizada. Esta referencia a la memoria interior e individual tiene un trasfondo social, en cuanto “Las memorias son personales; pertenecen a cada hombre mujer o niño de la comunidad; pero su contenido, el lenguaje conservado, es comunitario, es algo compartido por la comunidad y que expresa su tradición y su identidad histórica” (Havelock, 1996, p. 104). Por tanto, se vincula con una concepción generalizada de la realidad que sirve de marco interpretativo al sujeto para mirar, descifrar y significar la experiencia, por tanto, la memoria personal termina siendo una memoria social que nos aproxima al carácter testimonial del corrido.

De esta manera, la forma de la memoria colectiva está anclada en elementos que no necesitan corroborarse o verificarse, por lo que alude a una verdad, pero que no es única; pues “existen varias [...] memorias

colectivas [...] rasgo por el que se diferencian de la historia. La historia es una y podemos decir que no hay más que una” (Halbwachs, 2000, p. 84). La memoria colectiva no es ni aspira a explicar los hechos de manera completamente racional, o al menos no como lo hace la ciencia, pues tiene una racionalidad interna que es operativa y funcional, pero que no puede ser compartida o entendida de manera general, sino haciendo referencia a los aspectos contextuales. Frente a la historia escrita y fija, “hay una historia viva que se perpetúa y renueva a través del tiempo y en la que se pueden encontrar muchas corrientes antiguas que aparentemente habían desaparecido” (Halbwachs, 2000, p. 66); por ello, es posible referir a la memoria colectiva como aquella que se va comunicando y reconfigurando en su transición de generación en generación.

Asimismo, la memoria colectiva, en cuanto parte de procesos tradicionales y discursos de carácter mítico, de alusión a tiempos circulares y cíclicos, se presenta como “un cuadro de parecidos, y es natural que se dé cuenta de que el grupo siga y haya seguido igual, porque fija su atención en el grupo, y lo que ha cambiado son las relaciones o contactos del grupo con los demás” (Halbwachs, 2000, p. 87); es decir, se configura a partir de entremezclar acontecimientos con aspectos de carácter simbólico, particularmente lo mítico.

Entendiendo que el mito se asocia con las comunidades tradicionales, puesto que para los pueblos antiguos:

mito y relato de los orígenes se entreveraban una con otra porque compartían fines comunes. Sus relatos coincidían en narrar el origen de los dioses y del cosmos, la creación de seres humanos, afirmar la autoctonía de los pobladores, celebrar los comienzos de la civilización o la fundación del reino [...] se referían a acontecimientos y personajes fabulosos, situados en momentos intemporales, “pues carecían de fechas o desarrollos que fuera necesario seguir o explicar”. (Florescano, 2012, p. 189)³

El pasado mítico se sustenta en la tradición oral, que convierte a los

³ El texto entre comillas corresponde a M. I. Finley (1997), Mito, memoria e historia, en *Uso y abuso de la historia* (Barcelona: Crítica).

hombres en símbolos, en imágenes quietas, sin movimiento, sin cambio; lo mítico recupera las glorias, los temas convencionales y arraigados en la comunidad, los temas y las historias repetitivas que en parte son también requisito de la oralidad, como se ha visto –aunque, paradójicamente la oralidad sí se mueve, ya que se actualiza de manera permanente en el corrido–. Uno de los personajes paradigmáticos de esta mitificación es Emiliano Zapata y cuentan de ello algunos de sus corridos que refieren a su aparición a galope, a su espectro o su predeterminación para ser libertador: *El espectro de Zapata*, *La gran calavera del general Zapata*, *Corrido de Zapata niño* o *la Bola en la que el niño Zapata promete a su padre que cuando sea grande, hará que los hacendados devuelvan las tierras al pueblo* (De María y Campos, 1962), todos de autoría anónima.

La tradición recupera el pasado de manera simbólica y ese pasado configura su presente y su realidad, pues el mito “es siempre un *precedente* y un *ejemplo*, no sólo en relación con las acciones del hombre, sino con relación a su propia condición; más aún: un precedente para los modos de lo real en general” (Eliade, 2009, p. 372). De tal forma, los elementos simbólicos de la narración en el corrido aluden a un pasado añorado, aspiran a la recuperación de una *etapa dorada*, pues “el mito es un faro que ilumina el pasado, pero no es historia” (Florescano, 2012, p. 199), que ordena y configura las realidades, pues “ordena el conocimiento estructurando y clasificando el cosmos, y en el orden refuerza el saber” (López Austin, 2006, p. 362), que de nuevo busca la repetición.

Sin embargo, la historia tiene otra finalidad, asociada con el cambio: “por historia hay que entender [...] todo aquello que hace que un periodo se distinga de los demás, del cual los libros y los relatos nos ofrecen en general una representación muy esquemática e incompleta” (Halbwachs, 2000, p. 60); que se refiere a la identificación de hechos, tiempos y lugares, con la intención de dividir y comparar. En este sentido, “la historia es el cuadro de los cambios, y es natural que se dé cuenta de que las sociedades cambian sin cesar, porque fija su mirada en el conjunto” (Halbwachs, 2000, p. 87); no en la experiencia individual o colectiva, sino en los elementos externos y generales.

Esta perspectiva le permite establecer una cronología, sustentada en rupturas constantes en el tiempo, derivado de acontecimientos *relevantes* que se recuperan desde la mirada del historiador. Esto se contrapone a

los relatos tradicionales en tanto que “la cronología es quizás la mayor debilidad de las tradiciones orales” (Vansina, 2007, p. 162), pues la concepción del tiempo, aunque sea importante, se une a un tiempo cíclico. En el corrido se encuentran elementos asociados al registro del acontecimiento que permite la integración cronológica de hechos para explicar un suceso más amplio, como muestran los estudios de Armando de María y Campos (1962) y Antonio Avitia Hernández (1997a), donde se recuperan los *datos* que aportan los corridos para la integración de una historia de la Revolución mexicana. No obstante, esta recuperación se da como válida porque se *verifica con otras fuentes*, dada la *desconfianza* hacia el testimonio como una fuente oral, no institucionalizada, como ocurre con el corrido tradicional y popular. Sin embargo, esta concepción anula el *valor* del registro del actor social, en cuanto sería igual a aceptar que el testimonio:

No es conocimiento científico porque no puede vindicarse recurriendo a las bases sobre las que se apoya. Tan pronto como aparecen tales bases, el caso deja de ser de testimonio. Cuando la prueba histórica viene a reforzar al testimonio en cuanto tal; es la afirmación de algo basado en la prueba histórica, es decir, conocimiento histórico. (Collingwood, 2017, p. 340)

No obstante, esto implicaría validar o descalificar fuentes bajo criterios que no son del todo claros, pues los registros hechos por las vías institucionalizadas también tienen una postura en el desarrollo histórico.

Así, habrá que revalorar el testimonio como un “relato autobiográficamente certificado de un acontecimiento pasado: se realice este relato en circunstancias informales o formales” (Ricouer, 2000, p. 210). En la medida en que puede ser autobiográfico, nos permite entenderlo como un registro del individuo en su memoria personal, lo cual implica que alrededor del testimonio se generen una serie de dudas sobre su validez como fuente, dado que se encuentra entre lo ficcional y lo *real*. El testimonio se vincula, por un lado, con “la aserción factual del acontecimiento relatado; por otro, la certificación o la autenticación de la declaración de la experiencia de su autor, lo que se llama presunta fiabilidad” (Ricouer, 2000, p. 211); la reconstrucción narrativa del suceso

implica al narrador, de lo contrario sería un mero *reflejo exacto y neutral* de la realidad, lo cual requiere que lo relatado haya sido significativo, y si así lo es, entonces, por un lado, la experiencia del testigo está en un marco social de interpretación, y, por otro, le resta fiabilidad al discurso.

Otro aspecto del testimonio es su carácter autorreferencial, es decir, “la autodesignación: la primera persona del singular, el tiempo pasado del verbo y la mención del allí respecto del aquí”, lo cual sitúa el relato del testigo, su experiencia y su “historia personal [...] metida en otras historias” (Ricoeur, 2000, p. 211). Desde esta perspectiva, el rasgo peculiar que permitió que el testigo guardara en la memoria el evento no es el mismo que el receptor del testimonio. Por ello la posibilidad de establecer parámetros para descalificar fuentes testimoniales como el corrido se pone en duda.

Siguiendo a Ricoeur, cuando lo que se atestigua se presenta en el espacio público, el testimonio toma el sentido de: “Yo estaba allí, dice; ‘Creedme’, y añade; y, ‘Si no me creéis, preguntad a algún otro’” (Ricoeur, 2000, p. 211). Es decir, la posibilidad de la reiteración y corroboración del testimonio puede darle cierta validez en cuanto memoria colectiva, pero también como memoria histórica. El respaldo de la colectividad que vivenció y observó el fenómeno consolida el relato del testigo, sin que con esto se llegue a generalizaciones, pues el corrido no siempre es testimonio de primera mano, sino que a veces funciona desde el “me contaron”, “dicen que”.

De esta forma, la validez de un testimonio como el corrido, a partir de su carácter testimonial, puede reconsiderarse tanto en términos orales como escritos, es decir, como documento, pues está en la frontera de la oralidad y la escritura: “El testimonio es originariamente oral; es escuchado, oído. El archivo es escritura; es leído, es consultado. En los archivos, el historiador profesional es un lector” (Ricoeur, 2000, p. 215). Además, en el proceso de su recuperación desde la historia, se debe analizar la postura del historiador, dado que:

La intervención del historiador que escoge el documento, extrayéndolo del montón de datos del pasado, prefiriéndolo a otros, atribuyéndole un valor de testimonio que depende al menos en parte de la propia posición en la sociedad de su época y de su organización mental, se injerta sobre

una condición inicial que es incluso menos «neutra» que su intervención.
(Le Goff, 1991, p. 238)

Así, se parte de considerar que el testimonio, entendido como documento (tanto oral como escrito), “es el resultado del esfuerzo cumplido por las sociedades históricas por imponer al futuro –queriendo o no queriéndolo– aquella imagen dada de sí mismas” (Le Goff, 1991, p. 238) y que el historiador elige y reescribe desde su propio tiempo histórico. En ambos procesos podemos apelar al carácter testimonial del corrido, pero también a la configuración simbólica planteada analógicamente en lo poético del mismo. Es decir, memoria y testimonio son dos características fundamentales para la recuperación del corrido, tanto para la literatura como para la historia. Se trata de un puente que permite pasar de lo construido socialmente a la explicación histórica.

Conclusiones

En virtud de lo anterior, es preciso reflexionar sobre la forma en que se pueden abordar diferentes fuentes para el análisis de lo social y de lo histórico, reconociendo, en principio, la complejidad que tienen los fenómenos. En este sentido, concluimos con algunas afirmaciones en concreto sobre el corrido. En primer lugar, el corrido puede abordarse desde la historia, tomando en cuenta que es una fuente cuyas características no permiten abordarla de manera aislada, pues están imbricados muchos componentes que diversifican su análisis, como los aspectos poéticos tradicionales y populares, elementos que el historiador debe considerar en el proceso investigativo. Es decir, se requiere de una perspectiva multidisciplinar que posibilite su comprensión e identificación de los distintos ámbitos que implica, sea literario, cultural-antropológico, histórico, sociológico, lingüístico, musical, entre otros. Esto permite librar el encasillamiento del corrido desde una perspectiva literaria, así como caer en la ingenuidad de considerarlo como una fuente histórica, tipo archivo.

Es importante reconocer en él un fenómeno que se encuentra entre diferentes ámbitos. Con respecto a su estilo y la forma en la que se transmite es poema oral, pero también constituye un registro escrito, más cercano a

lo popular. Asimismo, es parte de la cultura tradicional, pero hay rasgos que lo vinculan con la modernidad, estando entre lo rural y lo urbano; y puede asociarse con la configuración de la memoria colectiva o con la histórica.

Como segunda conclusión general se plantea que la memoria es un elemento que puede fungir como puente entre dos contextos diferentes que se encuentran en el corrido: el mítico y el histórico. Pues, como se ha desarrollado en este artículo, ambas memorias, tanto la colectiva –mucho más cercana a un discurso tradicional-mítico– como la histórica –alusiva a la ruptura, el cambio y la explicación racional–, parten de la misma base: la memoria oral o escrita.

Asimismo, los registros del pasado pueden surgir de diferentes ámbitos, tanto formales como informales, y con una discursividad diversa; pues “sólo el análisis del documento en cuanto monumento permite a la memoria colectiva recuperarlo y al historiador usarlo científicamente, es decir, con pleno conocimiento de causa” (Le Goff, 1991, p. 236), es decir, entendiendo, al documento como algo que construye, que no solo cumple con las necesidades de intercomunicación y que, por ello, no puede depender de otras fuentes para validarse, pues alude a elementos como fechas, acontecimientos, o aspectos construidos simbólicamente e históricamente por la comunidad. En este sentido, sugiere Le Goff (1991) que habrá que buscar la forma de establecer un puente para transferir el documento-monumento de la memoria a la historia.

La memoria es un elemento constante para referir al pasado, tanto en una concepción del tiempo lineal como circular. Y en este recuperar es preciso reflexionar sobre el papel del historiador y la selección de los documentos. Pues en la memoria colectiva quienes eligen los contenidos que permanecen en el imaginario son los miembros de la comunidad, quienes poseen o detentan cierta *autoridad* al interior del grupo y desde una perspectiva basada en la experiencia; pero, por otro lado, el historiador, como agente externo, recupera ciertos elementos para articular *otra memoria* de esas comunidades.

La memoria es transversal y constante en ambas propuestas; por ello, una posible articulación permitiría dos flujos interpretativos, uno de dentro hacia fuera y, otro, de fuera hacia dentro del imaginario. Esto no implica homologar las formas del discurso o de la memoria, pues son elementos

contrapuestos en la medida en que tienen finalidades, funciones y procesos de construcción distintos, pero comparten elementos comunes, pues, en primer lugar, tienen de referencia al hecho, que es histórico, pues está situado en el tiempo y el espacio, pero lo que cambia es la forma en que se codifica: una lo hace desde modelos analógicos y simbólicos, mientras la historia con aspectos racionales y explicaciones. Lo anterior nos permite recuperar a Ricoeur, quien plantea que “no tenemos nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, ocurrió antes de que declaramos que nos acordamos de ello” (Ricoeur, 2000, p. 41).

En suma, el testimonio, así como la memoria, es útil para la recuperación del corrido como fuente para la historia, una fuente que puede fungir como una “estructura fundamental de transición entre memoria e historia” (Ricoeur, 2000, p. 41). Es un testimonio oral y escrito, pero en ambos casos funge como un documento cuya validez tendría que fundamentarse en la memoria y la contextualización de la misma, más que en elementos externos al testimonio, como fuentes institucionales, que obedecen a un orden discursivo distinto.

El corrido se constituye así como un objeto de estudio complejo derivado de su ambigüedad, es decir, de su ubicación en diferentes fronteras, lo que abre la posibilidad de abordarlo desde diferentes ámbitos, disciplinas y con metodologías flexibles para afrontar los diversos sentidos y funciones que se le pueden atribuir. De esta forma, quizá debería ahondarse en los temas abordados en este texto para sugerir metodologías que permitan el análisis del corrido mexicano, un tema actual en cuanto nos permite entender las implicaciones de las narraciones y las formas poéticas de las comunidades con la historia.

Referencias

- Altamirano, M. (1990). *El corrido mexicano actual: confluencia de elementos y posibilidades de apertura* [Tesis]. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Altamirano, M. (2007). De la copla al corrido: influencias líricas en el corrido mexicano tradicional. En A. González (ed.), *La copla en México* (pp. 261-271). México: El Colegio de México.

- Avitia, A. (1997a). *Corrido histórico mexicano. Voy a cantarles la historia (1810-1910)*. Tomo I. México: Porrúa.
- Avitia, A. (1997b). *Corrido histórico mexicano. Voy a cantarles la historia (1910-1916)*. Tomo II. México: Porrúa.
- Collingwood, R.G. (2004). *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De María y Campos, A. (1962). *La revolución mexicana a través de los corridos populares*. Tomo I. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- Eliade, M. (2009). *Tratado de historia de las religiones*. México: Era.
- Florescano, E. (2012). *La función social de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- González, A. (1995). Literatura tradicional y literatura popular. Romance y corrido en México. *Caravelle*, (65), 143-157.
https://www.persee.fr/doc/carav_1147-6753_1995_num_65_1_2662
- González, A. (2001). Descriptividad en el corrido tradicional. *Caravelle*, (76-77), 495-505. https://www.persee.fr/doc/carav_1147-6753_2001_num_76_1_1327
- González, A. (2015). *El corrido. Construcción poética*. México: El Colegio de San Luis.
- Halbwachs, M. (2000). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Pressas Universitarias de Zaragoza.
- Havelock, E. A. (1996). *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Lobato, L. (2013). Panorama de algunos conflictos metodológicos que enfrenta el corrido ante la perspectiva de variación regional. En A. González, N. Rodríguez y M. Zavala (eds.), *Variación regional en la narrativa tradicional de México* (pp. 195-207). México: El Colegio de San Luis y El Colegio de México.
- López Austin, A. (2006). *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mendoza, V. T. (1964). *Lírica narrativa de México. El corrido*. México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mendoza, V. T. (2004). *El corrido mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Menéndez Pidal, R. (1922). *Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española*. Oxford: Imprenta Clarendoniana.
- Ong, W. J. (2016). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica.



- Paz, O. (1990). *Los hijos del limo*. Barcelona: Seix Barral.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stanford, E. T. (1974). *El villancico y el corrido mexicano*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia y Secretaría de Educación Pública.
- Vansina, J. (2007). Tradición oral: logros y perspectivas. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, (37), 151-163.



Balajú. Revista de Cultura
y Comunicación de la
Universidad Veracruzana

<https://balaju.uv.mx>

  @revistabalaju

Publicación semestral digital de acceso gratuito. Es editada por la Universidad Veracruzana (UV) a través del Centro de Estudios de Cultura y Comunicación.

Dirección: Benito Juárez 126, Zona Centro.
C.P.: 91000, Xalapa, Veracruz, México.
Teléfono: +52 (228) 167 06 20
Correo: revistabalaju@uv.mx

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

